

da señora, oyó la ruda voz de Berenguer que decia, hablando con su víctima.

—¡Aquí permanecerás, aborrecida criatura, hasta que consentas en ser la esposa de Adalberto!

Despues de pronunciar estas palabras, hirió aún de nuevo con su ruda planta aquel cuerpo diáfano y perfecto, y salió del calabozo cerrando con doble llave; él y su hijo pasaron por delante de la desolada Gosvinta y dejaron asimismo la estancia en que ésta se hallaba, muda y temblando como una azogada.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO  
VII.

La desaparicion de la Reina Adelaida del palacio de Milán no podia estar oculta ó pasar inadvertida durante mucho tiempo.

El pueblo la adoraba y los grandes de la córte le profesaban tambien una adhesion sin límites.

Además, ya se sabia que el rey Lotario, tan bueno, tan benigno, habia sido envenenado por Berenguer, que se habia ceñido la corona usurpada.

¿Pero dónde se hallaba el nuevo Rey que no iba á Milán? ¿Dónde se hallaba la esposa viuda que habia desaparecido de Milán?

Hechas estas preguntas y conociendo á la Reina y al Margrave, fácil fué sacar la consecuencia.

La Dieta de Milán dió principio á las indagaciones, y se supo que Berenguer, su esposa Villa, y Adalberto su hijo, se hallaban en el castillo de Garda.

De Adelaida nada se sabia, pero la Dieta resolvió pedir cuentas de su augusta persona al mismo Berenguer y á su execrable familia.



La primera diligencia de los Grandes fué elevar sus quejas al Pontífice Agapito II, que habia sucedido en la silla pontifical á Juan XI, y que ofreció acudir al socorro de Adelaida, cualquiera que fuese el punto en que se encontrase.

Otro mensaje fué enviado al rey de Borgoña, hermano de Adelaida y casado con la bella y virtuosa princesa Matilde.

El Pontífice cumplió su palabra; envió mensajeros por todas partes, espías á la córte, y, despues de muchas pesquisas; se pudo averiguar que la Reina gemía prisionera y martirizada en el castillo de Garda.

Agapito II se puso á meditar de nuevo á cuál de los soberanos pediria auxilio en favor de aquella desgraciada Princesa, y se decidió por Oton I, Emperador de Alemania, Príncipe bravo y caballeresco.

Pero conociendo que el Rey tardaria bastante en poner su ejército en estado de atacar á Berenguer y que lo mismo sucederia con Conrado, buscó con celo infatigable algun otro personaje más oscuro que librarse de su martirio á la infelz Princesa.

Un dia pidió hablar al Pontífice un humilde clérigo; recibiólo aquel porque se le dijo que traia noticias de Adelaida, y vió entrar á un hombre de edad avanzada y cuyo traje y calzado, llenos de polvo, anunciaban una larga y penosa jornada.

—Santísimo padre, dijo doblando en tierra una

rodilla; vengo á deciros que sé dónde se halla la Reina Adelaida, y que he descubierto además que es la víctima del más indigno tratamiento. He sido en Milán favorecido por su munificencia diferentes veces, y cuando supe que la habian robado de su palacio, pregunté, indagué, y mi celo infatigable alcanzó á saber que la habian llevado al castillo de Garda. Ansiando estar cerca de ella para ver si un dia ú otro podia serle útil de algun modo, partí, y habito una casita cerca del castillo que le sirve de prision y á orillas del mismo torrente.—Desde mi pobre asilo he oido muchas veces los gemidos de esa desdichada é ilustre víctima, y vengo á proponer á vuestra Santidad un medio que se me ha ocurrido para salvarla.

—¡El cielo te bendiga, hijo mio! dijo el Papa con profunda emocion. Yo creo que él te envia para que nos saques del amargo trance en que nos vemos. Conrado, rey de Borgoña y hermano de Adelaida, se halla gravemente enfermo; Otom, emperador de Alemania, se halla organizando su ejército, que tardará en estar dispuesto para marchar contra Berenguer, y mientras tanto, Adelaida puede morir víctima del martirio que le impone su feroz tirano. Dí ese medio, que desde luego considero bueno y humano.

—Pues bien, Santísimo padre, repuso el generoso sacerdote; ese medio consiste en interesar yo en favor de la Reina á los habitantes de aquellos pueble-



cillos y, despues que estén de mi parte, en abrir una mina subterránea para salvarla por allí.

—¡Pero eso os costará un trabajo inmenso!

—¡Nos recompensará el pensar que vamos á salvar á esa generosa Princesa!

—Pues bien, repuso el Papa despues de haber reflexionado durante algun tiempo; pon por obra tu proyecto, hijo mio; creo que podrás llevarle a cabo; para ayudarte, hé aquí oro; prodígalo para hallar quien te ayude en él, y si consigues libertar á Adelaida, sin perder un instante huye con ella hácia Alemania y ya estais en salvo; porque hallareis al Emperador en el camino, que va á su socorro, ó á lo ménos la dará amparo y abrigo en su córte.

Martin, este era el nombre del sacerdote, tomó de un arca que le habia abierto Agapito II algunos puñados de oro; besó su mano de rodillas y salió llevando impresa en el rostro la radiosa expresion del que va á llevar á cabo una obra buena y generosa.

Aquella misma tarde salió de Roma despues de haber comprado algunos instrumentos á propósito para la empresa que meditaba con toda la tenacidad y entusiasmo de su corazon sensible y agradecido, en el que estaban grabados todos los beneficios de la Reina.

### VIII.

Adelaida, despues que sus bárbaros verdugos la dejaron en el estrecho calabozo á donde la habian arrojado, quedó por largo rato inmóvil y privada de sentido.

Gosvinta, en la estancia inmediata y arrodillada al lado de la puerta, la llamaba en voz baja y angustiada temiendo que hubiese sucumbido al rigor de los malos tratamientos de aquellos bandidos coronados por su propia voluntad.

Al cabo de dos horas, la Reina empezó á volver en sí á causa del frio que comunicaba á su cuerpo el húmedo pavimento.

Arrojó un profundo suspiro, y se incorporó penosamente sobre un brazo.

Entónces oyó una voz cariñosa y lejana que decia:

—¡Señora, mi querida señora!

—¿Quién habla por aquí? preguntó la Reina con acento débil.

—¡Soy yo... Gosvinta!

—¿Dónde estais?



—En la estancia inmediata.

—¿Te hallas también prisionera?

—Creo que sí, mi querida señora. ¿Y vos, cómo os hallais?

—¡Esto es un horrible calabozo! exclamó Adelaida con terror; sólo hay una piedra para asiento y en ella tendré que apoyar la cabeza porque no la puedo sostener de dolorida que la siento y carezco de lecho.

—¡Oh, que infames! exclamó Gosvinta alzando la voz en el exceso de su ira de un modo que no hubiera tenido nada de extraño que la hubiesen oído; y decid, señora, añadió; ¿os han golpeado además?

—¡No! respondió la Reina estremeciéndose ante el recuerdo del ultraje que había recibido, pero sin resolverse á confesarlo.

—Pues yo creí haber oído...

—Oíste mal, repuso la Reina con presteza; ahora, Gosvinta, voy á tratar de descansar un poco; tal vez el sueño aliviará esta mortal angustia que siento... No desesperemos, porque no somos culpables y Dios es el supremo consuelo de los afligidos y de los inocentes.

La Reina se retiró de la puerta y se arrodilló en un rincón de su lóbrega cárcel, elevando al cielo sus manos y sus ojos en una fervorosa oración.

De esta suerte la han representado algunos célebres pintores, y los cuadros sobre tal asunto se llaman:—*Santa Adelaida orando en su prision*:—hemos

visto uno, sobre todo, de un mérito incomparable, en que la hermosura de la joven Reina de Italia tenía una expresión completamente celestial.

El cuadro representaba á la Santa princesa vestida de blanco con manto azul; una corona de oro, lisa, sujetaba las hermosas madejas de sus cabellos rubios; sus grandes ojos negros, elevados al cielo, estaban llenos de ternura y rebosaba en ellos la más dulce animación; sus blancas manos se unían con expresión de fervorosa súplica; de toda su figura parecían brotar raudales de luz, que iluminaban la lobreguez de su calabozo.

Aún se hallaba la Reina orando por la seguridad de su hija, por la eterna salud de su esposo y porque tuvieran fin sus males, cuando de un ángulo de la prision salió el agudo ruido de cerrojos y llaves y vió abrirse una puerta muy pequeña y cuya existencia no había sospechado.

Estaba como arrinconada en una de las paredes del calabozo, y era tal la oscuridad de éste y la angustia de la Reina, que no había reparado en que existía.

Aquella puerta dió paso á una mujer; detrás de ella quedaron dos rudos soldados que llevaban encendidas teas de resina para alumbrarla y para disipar la lobreguez del calabozo.

Villa—pues ella era la que llegaba—hizo una seña á los de las luces, que las colocaron en dos pie-



dras salientes del muro y se retiraron en silencio, entornando la puerta trás ellos.

La esposa de Berenguer se acercó á la Reina con el paso de gata que le era habitual y llevando en sus lábios una falsa sonrisa.

Todavía no hemos dado á conocer á esta mujer, y diremos dos palabras acerca de su persona.

Era Villa pequeña y obesa, y en ella estaba retratada perfectamente la falsa dulzura de la raza normanda; sus ojos eran de un azul tan claro que parecían blancos, y además eran muy pequeños.

Sus cabellos, rubios, tenían algo del gris de la ceniza; su boca grande, su nariz remangada, su frente pequeña la privaban hasta de un rasgo bello; tenía la téz vasta y encendida, el cuello corto y las manos grandes; mujer astuta y cruel, no retrocedía ante ningún medio para conseguir sus fines, siendo el más ardiente deseo que abrigaba el engrandecimiento de su hijo Adalberto, al que amaba con locura.

Había convenido con su esposo en que el maltrataría duramente á la régia prisionera y en que ella la trataría seguidamente con una dulzura estremada para ver cuál de los dos sistemas doblegaba la resistencia de Adelaida, ó si alcanzaban entre ámbos el resultado que esperaban.

Acercóse, pues, á la Reina—que al oír ruido había abandonado la humilde postura de la oración—

y la saludó con aire rendido y obsequiosa sonrisa, luego se sentó en la gran piedra del calabozo é hizo una señal á la jóven para que se sentase á su lado, lo que ésta hizo con bastante repugnancia.

—Princesa, empezó Villa con voz meliflua; no os puedo espresar con cuánta amargura veo el misero estado á que el carácter duro de mi esposo os ha reducido. ¡Dios mio! ¡Vos encarcelada; vos privada de la luz; sin lecho siquiera en que poder descansar! ¡Ah, esto es horroroso!

—Lo es, señora, respondió la Reina con calma y dignidad; pero paciencia; en todas las injusticias es más digno de lástima el que las ejerce que el que las soporta, no lo dudeis.

—¡Teneis razon! dijo Villa arrojando un hipócrita suspiro; yo sufro por dos motivos; por lo que vos padecéis, y por el que es causa de vuestras penas. Berenguer es mi esposo, y su injusticia me hace temer para él un severo y pronto castigo de la justicia celeste; por eso vengo, Princesa, á rogaros que no provoquéis más los ímpetus de su carácter fiero y avasallador... ¡Ceded, señora, ceded!

—¿A qué queréis que ceda?

—A lo que él os exige; á casaros con Adalberto.

—¡Jamás! respondió Adelaida; ¡jamás me uniré á los asesinos de mi esposo, á los usurpadores de su trono!



—Ved que, si no, os espondeis á mucho.

—¡Todo lo prefiero á casarme con Adalberto, todo!

—¿Por qué? ¿No es jóven gallardo? ¿No está enamorado de vos?

—Todo eso será cierto, señora; más no puedo dominar la aversion que me inspira.

—Pues bien, desgraciada; exclamó la esposa de Berenguer; ¡no hallareis piedad ni reposo, yo os lo aseguro! ¡Aquí perecereis agobiada de malos tratamientos! ¡Y para que veais una muestra de lo que os espera, tomad!

La feroz margravesa descargó, al decir estas palabras, un furioso bofeton sobre la delicada mejilla de la Reina.

—¡Tomad, tomad! volvió á decir aquella furia infernal repitiendo su bárbara correccion; ¡yo tambien ayudaré á mi esposo á vencer vuestra terquedad!

—¡No lo espereis! repuso Adelaida sin descomponer su admirable dignidad de Reina, á pesar del agudo dolor que retrataban sus bellas facciones.

—¿Pensais resistir á todos nosotros?

—Sin duda.

—Os mataremos á fuerza de malos tratamientos.

—Dios me amparará.

—Será allá arriba, porque acá abajo no lo creo.

—¿Qué sabeis vos, mujer incrédula? exclamó la Reina; ¿qué sabeis vos de lo que es capaz su omnipotencia? ¡Yo confio en él! En tanto que me hagais padecer, confiaré en su piedad, en su justicia, y si vuestras crueldades me sacan de este valle de dolor, os perdonaré y os bendeciré porque me llevais á las regiones celestiales.

No podian aquellas dulces y nobles palabras ablandar el alma dura y helada de Villa; levantóse ésta con ímpetu salvaje y salió del calabozo llena de rabia y de deseos de venganza.

Desde aquel dia, la existencia de la desventurada Reina fué sólo un prolongado tormento. Todas las mañanas entraba Berenguer á renovar sus instancias, y casi siempre acababa maltratándola de obra y de palabra; por las tardes tocaba la vez á su esposa, que era aún más cruel, porque es sabido que, por lo que respecta á maldades y á ruindad de corazon, la mujer puede sobrepujar mucho al hombre.

La vida de aquella desgraciada jóven no podia, pues, llamarse vida, sino un incesante é insufrible tormento.

Flaca como una sombra, pues sólo le daban pan negro y á veces se pasaban dias enteros sin que lo probara, agobiada de aflicciones; aquel corazon verdaderamente heróico, no desmayó en su resistencia; ni por un sólo instante tuvo la idea de ceder.

Tampoco desconfió un momento de la bondad de